



EN ALGUNA PARTE DEL MUNDO. MONTEVIDEO, BUENOS AIRES, PARÍS

Quelque part dans le monde. Montevideo, Buenos Aires et Paris

Denis Merklen*

* IHEAL, Paris 3–Sorbonne Nouvelle (Francia)
denis.merklen@univ-paris3.fr

Palabras clave

Lenguaje
Escritura de la
sociología
Prácticas
discursivas y
prácticas no
discursivas

Mots clés

Langage
Écriture de la
sociologie
Pratiques
discursives et
pratiques non-
discursives

Resumen

En este artículo el autor trata sobre la lengua de escritura de la sociología. La práctica del sociólogo como una práctica situada, cuya localización es en parte un efecto de la lengua de escritura. Resultan una serie de problemas relacionados con las lenguas de la discusión científica, con la independencia del pensamiento respecto a la realidad social estudiada y sobre la relación entre la lengua de escritura de la sociología y las prácticas sociales sobre las que la sociología reflexiona. El autor señala un efecto de productividad crítica dado por el contacto con la sociología escrita en una lengua diferente a la propia, efecto que permite tomar en cuenta los marcos y los contextos de producción del conocimiento. Esta productividad tiende a desvanecerse con la conversión a la *lingua franca*. Una reflexión de método hecha a partir del viaje del autor entre Montevideo, Buenos Aires y París, entre el español y el francés. Un viaje en el que aparecen confundidas las trayectorias sociales con los desplazamientos lingüísticos del investigador. En esa reflexión sobre sus propios desplazamientos sociales y lingüísticos, el autor intenta tomar en cuenta también la deuda que las preguntas que orientan la investigación tienen con las coyunturas políticas en las que se originan. La reflexión obliga a considerar la relación entre prácticas discursivas y no discursivas como una relación problemática dada la irreductibilidad de unas a otras así como los territorios en que ambos tipos de agencia se confunden.

Résumé

Dans cet article, l'auteur se penche sur la langue d'écriture de la sociologie. Le travail du sociologue comme une pratique situé dont la localisation est, en partie, un effet de la langue dans laquelle on écrit la sociologie. Il en résulte un ensemble de problèmes en rapport avec les langues de la discussion scientifique, avec l'indépendance de la pensée par rapport à la réalité sociale étudiée, et avec le rapport entre la langue d'écriture de la sociologie et les pratiques sociales sur lesquelles la sociologie tente de réfléchir. L'auteur signale un effet de productivité critique comme résultat du contact avec la sociologie écrite dans une langue autre que la sienne, un effet de prendre en compte les cadres et les contextes de production de la connaissance. Cette productivité tend à s'évanouir avec la conversion à la lingua franca. On est ici devant une réflexion de méthode bâtie à partir du voyage de l'auteur entre Montevideo, Buenos Aires et Paris, entre l'espagnol et le français. Un voyage dans lequel résultent fondues les trajectoires sociales avec les déplacements linguistiques du chercheur. Dans la réflexion sur ses propres déplacements sociaux et linguistiques, l'auteur essaie de prendre en compte aussi la dette que les questions qui orientent la recherche ont avec les conjonctures politiques où elles trouvent leur origine. La réflexion oblige à prendre en considération le rapport existant entre pratiques discursives et non-discursives comme un rapport problématique qui résulte, en même temps, du caractère irréductible des unes aux autres et des territoires où les deux types d'agence se confondent.

Merklen, D., 2015, "En alguna parte del mundo. Montevideo, Buenos Aires, París", en *Papeles del CEIC*, vol. 2015/1, nº 116, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.13104>

Recibido: 10/2014; Aceptado: 12/2014



*Hier encore j'eusse dit : « Mes mains »
Et aussi : « Mes jours et mes nuits ».
Aujourd'hui je ne sais que dire,
Tous les mots sont restés au loin*

Jules Supervielle, "Ruptures" (1930)

1. INTRODUCCIÓN

Max Weber nos advirtió tempranamente sobre algunas de las dificultades relacionadas con la inevitable pretensión a la objetividad de las ciencias sociales. Una objetividad que él encontraba imposible de realizar de modo absoluto pues el conocimiento sociológico no puede ser dissociado del punto de vista del sociólogo (Weber, 2009/1904). Ya se sabe, el sociólogo elige un tema, recorta la realidad, llama la atención sobre una perspectiva que le parece ausente del espacio público, hace ciertas preguntas y deja de lado otras. Así munido de lo aprendido y de lo observado, interviene luego en el debate público, con mayor o menor suerte de influir en él. Pese a todo y de un modo casi pueril, algunos sociólogos continúan refugiándose en la universidad y nada quieren saber de intervenir en la prensa, nada del Estado, de gobiernos ni de sindicatos o movimientos sociales. Pretenden mantener así cierta "distancia" —esa es la palabra evocada más de cien años después de que Weber se preocupara de interrogar las condiciones de la objetividad en las ciencias sociales—. Tal vez la intuición weberiana se refiera al hecho de que es imposible salir del mundo para escribir sobre él, tanto como es imposible que los textos de las ciencias sociales no sean recepcionados en ese mismo mundo y leídos también desde un punto de vista parcial. En este caso, se pone en juego no sólo la objetividad o la imparcialidad del investigador sino su responsabilidad política, puesto que su trabajo busca siempre cambiar el mundo. Al final de cuentas, si nuestro trabajo no tuviese ningún impacto sobre la realidad social, poco importaría cómo investigar, escribir o enseñar. Como trabajamos pues *en el mundo*, Max Weber reclamaba cierta honestidad intelectual y aconsejaba que el investigador explicitara su punto de vista.

¿Pero cómo piensa el sociólogo ese lugar en el mundo, el lugar desde el que escribe, investiga, enseña? Algunos preconizarán una suerte de socioanálisis o de objetivación del propio punto de vista. Sin embargo, no está claro que tales empresas sean posibles y es más dudoso aún que su publicación tenga utilidad alguna. Seguramente ésta no sea sino una



tarea para biógrafos que se inclinarán *ex post* sobre las figuras más sobresalientes de la disciplina para estudiar lo que en definitiva no es sino el viejo problema de la relación entre la vida y la obra de un intelectual. En realidad, conviene que el sociólogo mantenga una atenta “vigilancia”, como le gustaba decir a Pierre Bourdieu, respecto a su propia posición en el mundo y respecto al modo en que actúa sobre él. Estamos pues frente a un viejo y generalizado problema prácticamente constitutivo de todo conocimiento del mundo social. ¿Cómo se declina específicamente la cuestión para el caso de la sociología latinoamericana hoy? ¿Cómo lidiamos con ella quienes entramos a la sociología por las puertas del Sur para instalarnos luego en algún barrio del Norte del mundo?

2. EL EJERCICIO

La *Habilitation à diriger des recherches* (comúnmente llamada “HDR” o “*habilitation*”) es en Francia el último diploma de la carrera universitaria. Su acceso requiere la redacción de un largo y complejo informe que se somete a la aprobación de un tribunal, como en el caso de una tesis doctoral. Ese *mémoire* contiene, como la tesis doctoral, los resultados de una investigación original. Pero el candidato ya no es aquí un estudiante sino un investigador formado, de quien se espera incluso que dé muestras tanto de una rica experiencia como de cierta reflexión sobre su propio recorrido. El paso de los años es necesario para adquirir la *sagesse* esperada de aquél a quién se “habilitará” a dirigir investigaciones. El ejercicio de la HDR suele incluir lo que se denomina una “puesta en perspectiva” de los distintos trabajos de investigación y de docencia posteriores al doctorado. El candidato debe ser capaz de dar cuenta de su propia evolución y se espera incluso que posicione sus sucesivas investigaciones en el seno del paisaje intelectual. La *habilitation* exige así a un ejercicio de tipo autobiográfico, sin llegar a confundirse con una verdadera biografía intelectual puesto que la vida privada del investigador nunca, o escasa vez, entra en juego en la reflexión.

Presenté mi *habilitation* en diciembre de 2011, diez años después de haber defendido mi tesis doctoral. Y mi memoria contenía un capítulo inicial de “puesta en perspectiva” de mis trabajos, desde el primer libro publicado en Argentina en 1991 hasta el último trabajo de investigación que fuera publicado en 2013 en Francia cuyos principales resultados



daban su sustancia al tomo II de esa HDR¹. Intentaba allí explicitar cuánto de mi mirada sobre la sociedad francesa contemporánea heredaba del modo en que entré a la sociología por las puertas de la Argentina post-dictadura en los años 1980.

Volveré aquí sobre una parte de esa reflexión para intentar ir algo más lejos. Se trata de describir mi propia posición repensando la trayectoria que me llevó a ella y para ello centraré la atención en algunos puntos que me parecen interesantes a la hora de comprender toda producción sociológica. Intentaré ahora decir algo sobre cómo mi trabajo en la universidad francesa influye sobre el modo en que veo y vuelvo a América Latina. Espero así contribuir a un debate todavía insuficientemente explicitado sobre las condiciones de producción de la sociología y de la reflexión sobre América Latina.

3. TRAVESÍA

Llegué a Francia a mediados de 1996 con un pobrísimo nivel de francés a realizar mi doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales bajo la dirección de Robert Castel. Un amigo que vivía hacía un tiempo ya en París y que terminaba su tesis en el momento en que yo la comenzaba me aconsejó escribirla en español. “En francés es muy difícil y no vale la pena el esfuerzo —dijo—. Nunca te va a quedar bien, vas a gastar mucha plata en correcciones y de todos modos vas a tener que traducirla después al español para publicarla en Argentina”. Contra el consejo del amigo, pensé en cambio que aquella sería mi única oportunidad de vivir en una lengua y en una cultura extranjeras y que quería regresar de Europa con esa experiencia y manejando bien otro idioma. En ese momento yo no hablaba sino español del Río de la Plata. Así fue que me zambullí en un intenso esfuerzo que comenzó con varios años de estudio de francés al mismo tiempo que avanzaba con mi doctorado.

Tuve, además, una inmensa suerte: mi director de tesis no entendía ni una palabra de español y no conocía ni de cerca el objeto de mi investigación. Una dificultad técnica que me impedía avanzar en español

¹ Merklen, D., (2011), *Sociabilité et politicalité. Quand les classes populaires questionnent la sociologie et la politique*, Université Paris Diderot – Paris 7, Paris. Realizado bajo la dirección de Numa Murard, el dossier comporta 3 volúmenes y un total de 1.100 páginas, fue defendido el 25 de noviembre de 2011 frente a un jurado compuesto por Robert Castel, Roger Chartier, Emilio de Ipola, Numa Murard, Monique de Saint-Martin y Olivier Schwartz.



si quería que Castel me leyera. Comencé a escribir en francés y a reunirme con él cada vez que terminaba un capítulo o que desarrollaba algún punto importante. Pero las dificultades apenas comenzaban. Yo escribía en base a una investigación de tipo etnográfica sobre un proceso de ocupaciones ilegales de terrenos en la periferia oeste de Buenos Aires. Inmediatamente descubrí la imposibilidad de traducir al francés una serie de términos omnipresentes en mi trabajo cuando escribía en español: *villa*, *barrio*, *asentamiento*, *vecino*, *casa*, *casilla*, *rancho*... Yo no lo sabía aún, pero aquellas eran palabras profundamente localizadas en el idioma de los argentinos, difíciles de trasladar incluso al uso de otros castellanos. Claro que el francés dispone de soluciones e incluso de equivalentes más o menos directos para esos términos. Puede traducirse sin dificultad *villa* por *bidonville*, *barrio* por *quartier*, *vecino* por *voisin* o *habitant* e incluso *asentamiento* por *installation* o *colonie*. Sin embargo, era evidente que si yo le escribía así a Castel, estaba brindándole una descripción desprovista de los principales problemas que la tesis tenía que resolver. Al salir del argentino hacia otra lengua descubría una carga semántica detrás de cada palabra que me pasaba antes totalmente desapercibida. Tratando de desplegar y de volver explícita esa inmensa carga de significados, fui descubriendo poco a poco todo un juego de luchas y conflictos de significación por parte de los grupos sociales que estudiaba. Los jóvenes aquellos se organizaban y ocupaban tierras buscando construir sus *casas* en un *barrio* para no terminar viviendo en el *rancho* de una *villa*, se pensaban buenos *vecinos* y no querían convertirse en *villeros*. Así de simple. Pero describir todo ello en un idioma extranjero requiere de largas explicitaciones que vuelven el texto complejo. El autor ya no puede apelar a la evidencia y al desplegar lo evidente para quien no lo es, destapa, desvela y quizás hasta avanza hacia alguna forma de deconstrucción (Derrida, 1967). El aprendiz sociólogo se frotaba sin saberlo con la experiencia del antropólogo que toma conciencia de su sociedad de origen una vez en contacto con aquella que le es extranjera. Pero a diferencia de la experiencia clásica de la antropología, yo no volvía a mi universidad de origen para escribir allí sobre "la cultura del otro".

Aquel otro con el que discutía, Castel y algunos jóvenes compañeros de doctorado que aceptaban leer mi pobre francés, se limitaban a decirme un calmo, frontal e implacable "*je ne comprends pas*" [no entiendo] que



desarmaba todas las competencias discursivas que yo manejaba entonces con cierta destreza y con las que había tenido un relativo éxito en la Universidad de Buenos Aires. Comencé a dejar entre comillas y en español algunas cuantas palabras como las arriba mencionadas. Me vi forzado así a descubrir y a describir, como decía Durkheim, “lo que hay detrás de las palabras”. Un proceso de inteligibilidad que poco tiene en común con las propuestas de tipo nominalistas inspiradas generalmente por alguna forma de *linguistic turn*. Se trataba de dar cuenta, de manera bastante prosaica por cierto, de las prácticas, de los conflictos o muy simplemente de la vida social asociada con aquellas palabras tan profundamente enraizadas en el lenguaje político de las clases populares argentinas de los años 1980. Y advierto que no se trata aquí ni de defender ni de rechazar ninguna clase de hipótesis sobre la relación real y efectiva entre las prácticas de lenguaje y todas las otras prácticas no verbales, que de hecho son numerosas. Se trata simplemente de dar cuenta de un procedimiento metodológico y de formación de la inteligibilidad en el conocimiento de lo social. ¿Cómo se escribe la sociología? ¿Da igual escribir en cualquier idioma a propósito de unas prácticas sociales determinadas? ¿Depende el texto de la lengua que lo porta y en consecuencia de las prácticas sociales e institucionales a los que esa lengua se encuentra asociada?

4. PENSAR ENTRE LAS LENGUAS

En su más reciente libro, el filósofo y filólogo Heinz Wismann teoriza la emergencia de un espacio de pensamiento que se abre entre las lenguas cuando se trabaja más allá de la lengua materna (Wismann, 2012). Para Wismann ese desplazamiento tiene el valor de un desarraigo liberador y potenciador de la capacidad crítica. Son precisamente las imposibilidades de traducción las que permiten descubrir las eventuales potencialidades de ese desarraigo cuando uno descubre los límites de su lengua natural, sus artificios y sobre todo su carácter eminentemente artificial y “*contraignant*” —hubiera escrito si lo hubiera hecho en francés—. Como bien observa Wismann, el impacto de ese desarraigo lingüístico es multilateral, en el sentido de que a partir de allí no sólo se piensa incómodo en el idioma de llegada sino ya inevitablemente en aquel desde el que partimos. Una vez salidos de casa, es imposible retornar a la lengua materna como quien vuelve a un espacio natural. La multiplicidad de registros abre así un espacio de pensamiento “entre las



lenguas" que no pertenece a ninguna de ellas, que surge precisamente de la imposibilidad de pasar inmediata o automáticamente de una a otra, que se nos aparece toda vez que la traducción presenta problema. Una desnaturalización de la lengua que se acerca mucho a las exigencias durkheimniana o bourdieusiana de ruptura con el sentido común. No ya porque estas últimas puedan ser resueltas de una vez y para siempre por alguna encantadora técnica metodológica, sino porque permiten abrir preguntas que es difícil hacerse cuando habitamos en el confortable seno de una lengua primigenia.

La escritora Nancy Huston, originaria del Canadá angloparlante, hizo de su experiencia migratoria un interesante objeto de reflexión. A partir de su instalación en Francia ella escribe indistintamente en uno u otro idioma para officiar luego como traductora de sus propios escritos. Así traduciéndose a sí misma, descubrió cuánto diferían sus propios escritos, según si ella los producía en francés o en inglés, al pasarlos de uno al otro. Y en esa angustiante experiencia instaló una reflexión que es al mismo tiempo una fina observación sobre la sociedad de llegada y la de partida, que ha tenido un cierto impacto literario en Francia: *Nord perdu* (2004). Huston nos dice allí, entre otras cosas, la imposibilidad que tiene de escribir lo mismo en sus dos idiomas. Vale la pena preguntarse por los orígenes de esa imposibilidad para salir de cierta ingenuidad intelectual hacia la que avanzan algunas instituciones universitarias.

De alguna manera, Heinz Wismann va mucho más lejos. A la manera en que Husserl reflexiona sobre las temporalidades divergentes que la experiencia musical permite cuando descomponemos la música en armonía y en melodía, Wismann se refiere a los requerimientos totalmente asimétricos de relación con el lenguaje que exigen los oficios de filólogo y de filósofo. Mientras el primero requiere detenerse largamente en cada vocablo, la filosofía exige una velocidad y una toma de riesgos incompatibles con el trabajo del filólogo y donde la atención se centra más bien en la frase que en la palabra. Así la experiencia etnográfica, relativamente reciente en sociología, ha provocado en ésta tensiones e incluso crisis poco frecuentes cuando cada una de las disciplinas se especializaba tranquila, la una como ciencia de lo exótico, la otra como ciencia de la modernidad. Después de todo, olvidamos que hasta hace muy poco los sociólogos parecieron arreglárselas bastante bien sin hacer trabajo de campo. Pero una vez que las delicias de la etnografía comenzaron a penetrar los textos de sociología, el lenguaje



de la disciplina se vio forzado a abrir las puertas a preguntas y a modos de pensar que nos eran antes simplemente extranjeros. Nos es ahora mucho más difícil considerar el lenguaje y las prácticas de nuestros entrevistados simplemente como parte de un sentido común que se trataría de criticar con un apropiado lenguaje científico. Ya no podemos considerar siempre que los individuos y los grupos sociales se equivocan al nombrar un fenómeno social equis de tal o cual manera, estamos obligados a admitir que el lenguaje sociológico cohabita en el mundo social con otras formas de hablar y de escribir.

En un trabajo de investigación reciente sobre la presencia del conflicto en la democracia realizado conjuntamente por un equipo de la Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina) y uno de la Université Paris Diderot (Francia) nos divertimos mucho entre colegas descubriendo una serie de desencuentros insospechados y equívocos en la traducción del vocabulario político de un lado al otro del Atlántico (Leclerc-Olive, 2014). Así, los franceses se sorprendían cuando los argentinos se referían a "un acto" para referirse a una reunión política que ellos calificarían de *meeting*. El problema es que "un acto político" en Argentina no se parece en casi nada a un "*meeting*" en Francia, y que incluso en Argentina, como en muchos países de América Latina hay "actos" en las escuelas el día de la bandera, en ocasión del aniversario de algún héroe de la independencia, en las manifestaciones públicas (que los argentinos llaman "marchas" y los franceses "*manifs*"), en las protestas sindicales y hasta en los clubes deportivos. Y más curiosamente aún, descubrimos, cuan mal nos traducíamos del español al francés y del francés al español, que lo que los argentinos entienden por "jacobinismo" poco tiene que ver con aquello a lo que los franceses nombran "*jacobinisme*", independientemente de que el *Club des Jacobins* esté en el origen de ambos términos. En el lenguaje común de la política francesa hoy, el *jacobinisme* refiere casi siempre a cierta forma de centralismo y de autoritarismo estatales, mientras que para los argentinos representa una forma, por cierto tajante, de radicalismo político. Y lo mismo ocurre entre "República" y "*République*", "ciudadanía" y "*citoyenneté*", etc. Así es como traduciéndose no se entiende la gente, sencillamente porque como bien advirtió ya Walter Benjamin, traducir *pain* del francés al alemán *brot*, implica describir cómo se hace, se vende y se come el pan a cada lado del Rin. De lo contrario, el lector alemán pensará que el parisino hace lo mismo



cuando come *pain* que él cuando come *brot*. El lenguaje está indefectiblemente maculado por las prácticas no verbales a las que se encuentra asociado.

Traductor de las obras completas de Kant al francés para las ediciones de La Pléiade, acostumbrado a trabajar entre el francés y el alemán, el latín y el griego, Wismann no renuncia a la traducción, todo lo contrario. El ejercicio continuo y nunca establecido de la traducción nos informa sobre la gran potencialidad del trabajo de contacto entre las lenguas y de las ventajas del plurilingüismo. Es importante tener en cuenta este punto para el caso por ejemplo de los estudios latinoamericanistas siempre tentados de ceder a la facilidad de una *lingua franca* que a todas luces no puede sino conducir a una u otra forma de empobrecimiento.

Esto es particularmente delicado en el caso de algunas instituciones que se asocian para proponer formaciones y diplomas sobre América Latina y, con el propósito de evitar los costos que implica aprender la lengua del otro, buscan que los docentes dicten sus cursos en una lengua común. Así tenemos la sensación de que se piensa igual América Latina en Viena que en París, en Salamanca, o en Berlín. Ahora, vale siempre preguntarse en ese caso de qué sirve el desplazamiento. ¿De qué sirve ir a estudiar a París si no para entrar en contacto con el modo como piensa (América Latina) la sociología francesa? Una toma de contacto que tiene la lengua como paso obligado. Y conviene pensar que llevar a Madrid estudiantes que no saben español o a Berlín quienes no hablan alemán constituye una especie de ilusión de intercambio intelectual, rayano con el engaño del cosmopolitismo. Suponer que podemos formar estudiantes en un idioma común cualquiera, pongamos el español o el inglés por nombrar los más frecuentemente practicados por los estudiantes de estudios latinoamericanos, implica convencerse y convencer a los estudiantes de que el lenguaje no guarda relación alguna ni con las prácticas sociales ni con el modo que los sociólogos tenemos de pensarlas².

² Probablemente buscando reposicionarse en su pretensión a la formación de élites y dirigencias, probablemente buscando aumentar su clientela, el prestigioso instituto francés de ciencias políticas conocido como "Sciences Po" promueve actualmente: *No need to speak French to study at Science Po*. Ver: <http://www.sciencespo.fr/node/14512>. Última consulta: 5 de Diciembre de 2014.



5. EL TIEMPO Y EL ESPACIO SOCIAL

Mi llegada a París provocó una inflexión en mi trabajo y en el modo en que miraba a las sociedades argentina y uruguaya. ¿Quedó mi trabajo desde entonces instalado en un espacio inexistente, en una suerte de entre dos entrampado por la experiencia lingüística? En realidad, ese camino y ese desplazamiento del español al francés y de Montevideo a Buenos Aires y a París tuvieron una prehistoria, y como veremos luego no se agotaron en el problema de la lengua.

Mi punto de vista no se construyó sólo como una serie de textos. Fue también parte de un recorrido personal dado a la vez por una trayectoria social, por cierta evolución política y por la elaboración de unos cuantos conceptos³. A los 8 años de edad encallé en Ciudad Evita, en la periferia de Buenos Aires, junto a mis padres y mis entonces tres hermanos escapando de la dictadura uruguaya (1973-1985), y allí quedamos ubicados más bien entre las capas inferiores (aunque lejos de las más bajas) de ese espacio del conurbano bonaerense. Vivimos la mayor parte del tiempo en un modesto barrio de monoblocks construido por un sindicato de funcionarios públicos, en un departamento de 2 habitaciones y 50m². Más tarde vivimos en otros barrios de esa ciudad. Primero en los "chalets" construidos por Evita (más confortables), en la parte vieja del barrio Isabel la Católica luego, y entre ambos pasé una larga temporada en uno de los peores barrios de la zona, en los monoblocks de José Ingenieros frente al cuartel de La Tablada. En total viví en Ciudad Evita desde 1974 hasta 1994.

Así fue que llegué a la Universidad de Buenos Aires desde lejos, y no fue sin dificultad que encontré lugar en ella. Los sitios en los que vivía la mayoría de mis compañeros eran para mí lugares exóticos. Recuerdo una reunión de cátedra (yo era aún estudiante y ya "ayudante *ad honorem*") para corregir exámenes, un sábado, en el lujoso barrio del jardín botánico de Buenos Aires. Llegar allí y encontrar aquel departamento, entrar en ese inmenso espacio lleno de libros y plantas fue para mí una experiencia que recuerdo todavía. Y en ese momento, el viaje en colectivo⁴ desde La Matanza hasta la Facultad de Derecho

³ He escrito ya sobre este recorrido en un texto que me permito retomar parcialmente (Merklen, 2010); pero tengo ahora en mente sobre todo las bellísimas páginas autobiográficas de Richard Hoggart en su *A Local Habitation* (1988) y de Robert Roberts en su *The Classic Slum* (1971).

⁴ Colectivo: autobús en Argentina.



primero, la Ciudad Universitaria luego y el barrio Norte después, requirió un verdadero esfuerzo cotidiano. Aprendí entonces a ver en los desplazamientos por la ciudad una travesía por los espacios sociales. Y no tardé mucho en advertir que me hallaba entre dos proximidades y dos distancias, entre aquellos con quienes me encontraba en las aulas de la Facultad y aquellos con quienes compartía mis fusionales y apretujados viajes en colectivo. Desde que entré a la Facultad comprendí que de ahí en más estaría al mismo tiempo cerca y lejos de cada uno de esos universos, el de Ciudad Evita y el de la Facultad. Curiosamente pasaba la misma cantidad de tiempo en el viaje con mis vecinos en el colectivo (2hs de promedio), que con mis compañeros y profesores en las aulas (también 2hs de curso). Así fui construyendo, sin saberlo, una sociología bizca y con tortícolis, mirando a un lado y otro de mis relaciones sociales, dentro y fuera del colectivo, escuchando clases y pensando en mi barrio, en mi familia.

Más tarde supe que había elaborado esa mezcla de proximidad y distancia también en el marco de la experiencia del exilio de mi familia. Incorporé con ella ese esquema que marcaría durablemente mi modo de percibir los lazos sociales. Cuando los niños nos hicimos adultos aprendimos antes que nuestros padres, que estábamos definitivamente lejos del Uruguay; pero que nunca estaríamos perfectamente dentro de la Argentina, donde seríamos siempre un poco uruguayos. Y en Uruguay, los reproches por mi acento porteño llegaron tan pronto como comencé a acercarme a él ya siendo adulto con el fin de las dictaduras.

Al entrar en la universidad, una cuestión me obsesionaba. Yo conocía muy bien algunos de los peores barrios que envuelven a Ciudad Evita del Norte hacia el Oeste. Tuve allí algunos amigos y compañeros de la escuela primaria y secundaria, y pasé muchos días y muchas noches en sus casas y junto a sus amigos. Ya estudiante, como dije, trabajé y viví en alguno de esos barrios. Así es que en las aulas pensaba en cómo aprehender aquellas realidades con estos discursos. Y en el barrio me daba cuenta de que tomaba distancia con una parte de mi mismo a medida que incorporaba otro lenguaje y otras sociabilidades a mi experiencia. Poco a poco me iba haciendo bilingüe. Primero me dominaba la preocupación esencial de conseguir en la universidad las ideas, los conceptos, los términos que me armaran mejor en los combates políticos de mi generación. Buscaba hacerme de las palabras con las que nombrar de otro modo el mundo que me rodeaba en La



Matanza. Quería transformar ese mundo. Luego, inmediatamente, mi preocupación era cómo hacer entrar en el pensamiento universitario los modos de sentir y de ver el mundo de mis vecinos, mis familiares, mis amigos de Ciudad Evita. El lenguaje universitario me parecía unas veces pobre, otras inadaptado y hasta ridículo y pretencioso por rebuscado. Leía y escuchaba un lenguaje incapaz de nombrar aquella realidad que me habitaba. Así fui encontrando una tarea para mí en aquel universo, un objeto para mi sociología. Para ello debía pasar de la tortícolis y el estrabismo a la comunicación. ¿Sería posible?

6. LOS OBJETOS DE LA INVESTIGACIÓN

Mi trabajo y mi lugar en el mundo como sociólogo hoy no sólo tienen la inercia que les imprimió esa trayectoria entre dos mundos sociales poco conexos y tampoco dependen exclusivamente del reencuentro de un joven sociólogo rioplatense con la sociología francesa esta vez leída y discutida en su idioma original. Mi trabajo lleva aún la marca del momento que vivía la Argentina cuando llegué a la universidad. A fines de 1983 acudí al curso de ingreso a la universidad que aún imponía la dictadura, e inauguré mi vida universitaria junto al regreso de la democracia en marzo de 1984 que restableció el principio de ingreso irrestricto. No es difícil imaginar (y menos aún recordar) que vivíamos entonces una verdadera primavera militante. Todo lo que habíamos callado o susurrado detrás del miedo podía decirse ahora en la plaza pública. La universidad se convirtió en el espacio donde se desplegó una verdadera palabra política. Nuestros profesores, aquellos intelectuales de izquierda que regresaban del exilio mejicano o europeo vivían un combate por dejar atrás la revolución e instalar la democracia como horizonte de todos los posibles. Una buena parte de ellos adhirieron, de cerca o de lejos, a la consigna alfonsinista "con la democracia se come, se cura y se educa", que retraducían, más o menos como "dentro de la democracia todo, fuera de ella nada". Por haber enseñado desde muy temprano en la cátedra de Juan Carlos Portantiero quedé embebido de ese problema para siempre. Pero no siempre fue fácil para aquella generación de antiguos militantes convencer a los jóvenes estudiantes que como yo venían de familias de izquierda, muchos con sueños y convicciones marxistas, y que habían sufrido más o menos directamente la represión en manos de dictaduras atroces. En mi caso, mis orígenes uruguayos daban una consonancia especial a la relectura de la historia



argentina que se hacía cotidianamente en las aulas. El largo pasado democrático del “paisito”, la historia del Frente Amplio y la singularidad de los Tupamaros se comparaba en casa, no sin escepticismo, con las guerrillas argentinas y con el peronismo. Respecto a los militares de una y otra orilla, no se observaban diferencias.

La reflexión sobre la democracia se entrelazaba inevitablemente con aquella experiencia de los pobres de la periferia de Buenos Aires que una buena parte de las clases medias universitarias ignoraba olímpicamente y que yo vivía como mis más próximos conciudadanos. Así se anudó la pregunta que daría nacimiento años más tarde a mi *Pobres Ciudadanos* (Merklen, 2010) como una exigencia de mantener de pie, en un mismo e intransigente discurso, la crítica de la ciudadanía y la crítica de la pobreza. En efecto, en los años 1980 y 1990, la pobreza y la ciudadanía eran tratadas en América Latina con dos lenguajes sociológicos diferentes. La pobreza era un tema de estudio y de trabajo en las aulas de aquellos años ochenta (una larga bibliografía está ahí para dar pruebas de ello a partir de *El Mapa de la Pobreza en la Argentina*, INDEC, 1980), así como su estudio contaba con los auspicios de varios organismos internacionales como la CEPAL o UNICEF y luego el PNUD y el Banco Mundial. Pero debe decirse que la experiencia política de los pobres era un objeto que no lograba aún ser tema de reflexión en los cursos ni en los libros que escribían entonces la mayor parte de los sociólogos. La invocación de esa experiencia despertaba el miedo de ver entrar viejos demonios por la ventana de la reflexión política. Esa cuestión fundamental fue anudándose así en mi reflexión sociológica como la elaboración de una experiencia personal mucho antes de convertirse en el resultado de lecturas historiográficas sobre los orígenes de la cuestión social. Lecturas que llevé adelante en las bibliotecas francesas tras las huellas de la reflexión de Robert Castel y sus *Métamorphoses de la question sociale* (1995).

La experiencia de los asentamientos de La Matanza fue crucial en el entrelazamiento de ese nudo problemático. Afortunadamente algunos profesores nos enviaban hacia el “trabajo de campo” y nos apoyaban, nos daban ideas para pensar nuestras experiencias personales. Con ansias por obtener una beca que me ayudara financieramente y afianzara lo que, me daba cuenta, era una buena posición de estudiante, me presenté al concurso para obtener una beca de investigación proponiendo trabajar sobre las “nuevas tomas de tierras”. Gané la



preciada beca bajo la dirección de los profesores de la cátedra de sociología urbana en la que comencé a enseñar como ayudante — siempre *ad honorem*—. ¿Cómo se me ocurrió ese tema? La idea no provino de las aulas ni de mis lecturas pues en esa época el tema de los asentamientos prácticamente no había sido estudiado aún y no formaba parte de nuestros cursos.

Permítaseme contar cómo “descubrí” los asentamientos. Mi primer trabajo fuera de casa fue como canillita⁵ en una villa miseria a la que iba en bicicleta junto a mi hermano mayor. En esos viajes en bicicleta por alguno de los barrios más pobres del conurbano bonaerense, atravesaba una serie de terrenos baldíos y cruzaba no sin dificultad el Arroyo Mario por un precario puente hecho por los vecinos de la zona. Una mañana de enero de 1986, cuando ya no era canillita sino estudiante, el diario trajo la noticia de unas “tomas de tierras” en la zona. Los vecinos de la ribera de aquel arroyo habían ocupado terrenos más altos cuando el riacho inundó por enésima vez sus casas sin que el Estado hiciera nada por impedirlo ni por socorrerlos. Subí a la bicicleta, retomé mi camino de canillita y me encontré con un grupo de familias en carpas y casillas improvisadas en aquellos mismos terrenos, que ya nunca más serían baldíos. Se estaba formando lo que sería luego un conjunto de barrios y de organizaciones sociales que protagonizarían, quince años más tarde, las impresionantes movilizaciones de piqueteros durante la crisis que sacudió la Argentina en diciembre de 2001. Inmediatamente me instalé a observar cada uno de esos procesos a ambos lados de la frontera que distingue Ciudad Evita (donde yo vivía) de Laferrere (donde se formaban aquellos asentamientos). Mi trabajo de sociólogo se formaba atravesando fronteras sociales como aquellas que separaban a la Universidad del “conurbano” y que en este caso distanciaban a “los villeros” (de los asentamientos de Laferrere) de “los vecinos” de Ciudad Evita (ya instalados en las casas que Perón les diera a comienzos de los años 1950). Mi estrabismo no aflojaba, mi tortícolis empeoraba.

Esa beca fue mi primer paso hacia la profesionalización. El dinero no era mucho, pero podía ganarlo haciendo sociología, lo que se sumaba a lo que comenzaba a ganar dando clases en la universidad. Fue un camino lento y tortuoso que me llevaría muchos años recorrer y que no adquiriría estabilidad sino hasta entrados los años dos mil cuando

⁵ En Argentina y en Uruguay se llama “canillita” al vendedor callejero de diarios. Un oficio prácticamente extinguido hoy.



obtuve un puesto de *maître de conférences* en París. Pero lo cierto es que casi sin darme cuenta fui poco a poco comenzando a investigar y sobre todo a escribir para ser leído por mis colegas y profesores del mundo universitario. Sin advertirlo atravesaba una frontera social que me conduciría no sin mucho esfuerzo a convertirme en un sociólogo en París. El artículo que escribo en este momento y que el hipotético lector tiene ahora ya entre sus manos es una clara prueba de este cambio. Es evidente que el autor ha cambiado junto con sus interlocutores, y con él sus objetos de investigación. Mi último trabajo de investigación empírica es sobre los incendios de bibliotecas en la periferia de las grandes ciudades francesas (Merklen, 2013).

7. EL SOCIÓLOGO COMO AUTOR

*Moi de Montevideo
Ne me tourne pas le dos.*

Jules Supervielle, "Ruptures" (1930)

En un libro famoso, Clifford Geertz señala un problema importante para la antropología. Advierte allí que suele considerarse el trabajo de campo, la etnografía, la relación con la cultura del otro como los centros que organizan la antropología en relación con su objeto. Se olvida así que una parte importantísima de la tarea del antropólogo comienza en el momento mismo en que el investigador regresa a la universidad y se sienta a escribir, en general en una oficina de la universidad y para ser leído por otros universitarios para quienes escribe. Considerado como autor, el antropólogo escribe para otros antropólogos, en general con un plan de carrera en mente y lo hace en el seno de la institución universitaria (Geertz, 1988). En realidad, las cuestiones planteadas por Clifford Geertz no atañen exclusivamente a la antropología y de hecho al menos una parte de ellas deben ser planteadas a todas las ciencias sociales.

Como el antropólogo, el sociólogo es también un autor, un escritor que escribe en un idioma y que lo hace en el seno de instituciones que evalúan su trabajo, en el marco de un universo editorial que le permite publicar. La elección de la lengua de escritura determina el campo en el que se desarrolla la tarea, las tradiciones intelectuales con las que se discute y los espacios políticos e intelectuales en los que se participa.



Así, la observación de las condiciones de escritura son tan importantes como la consideración de los medios de los que el sociólogo dispone para publicar y en consecuencia del lector que tiene en mente en el momento de escribir.

Ya he dicho que cuando trabajaba en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde luego de estudiar enseñé e investigué durante diez años (entre 1986 y 1996), escribía tratando de describir el lugar de las clases populares en esa naciente democracia. Y ese universo de las ciencias sociales de entonces no exigía el conocimiento de idiomas extranjeros. Prácticamente todo lo que estaba en nuestro horizonte sociológico estaba traducido al español desde el francés, el italiano, el alemán, o el inglés —el estrecho espacio idiomático en el que transcurría la sociología de los autores que leíamos entonces—. Buenos Aires continúa siendo desde ese punto de vista una plaza privilegiada de la traducción, que llega, a veces vía Madrid, México o Barcelona a una velocidad incomparablemente más alta que a París donde el mercado de traducciones es más estrecho —probablemente por razones de costo y por el hecho de que muchísimos más numerosos son los que leen esos otros idiomas sin necesidad de apelar a la traducción—.

Y las posibilidades de publicar eran muy escasas, con unas pocas revistas, con muchos libros y sin los constreñimientos que imponen hoy esos ridículos sistemas de clasificación que pretenden darle a las instituciones el poder de decidir los medios de publicación que cuentan y que conducen a los colegas y a sus jóvenes estudiantes hacia un camino inevitablemente empobrecido.

En Francia encontré un sistema de publicaciones científicas mucho más amplio y vasto pero al que paradójicamente era más difícil acceder. En primer lugar porque era casi imposible publicar antes de terminar el doctorado. En segundo lugar porque los umbrales de entrada a esas publicaciones eran muy altos. En tercer lugar porque en aquellos años noventa el interés por América Latina había decaído en la sociología francesa y yo no era considerado entonces como un sociólogo sino como un argentino. Cuando la crisis de 2001 trajo ese país a la actualidad pude publicar sobre la Argentina, y luego, poco a poco, el espacio de la edición francesa y de sus revistas fue abriéndose a mi trabajo. Cada vez más comencé a escribir en francés como primera



lengua, sobre todo a partir de que empecé a investigar sobre la sociedad local.

Ese camino me llevó a prestar atención a una serie de temas que estaban antes ausentes de mi trabajo. El salariado, las ambigüedades del mundo del trabajo, la nodal distinción entre trabajo y empleo, la República, el “*service public*” y sus instituciones, los procesos contemporáneos de individuación. Una “*sociologie de la contrainte*” (Castel, 2004) fue ganando espacio poco a poco entre mis escritos, tensionando una vez más aquella sociología del Río de la Plata, que se presentaba a mi principalmente como una sociología de la acción. Paulatinamente, el horizonte de preguntas argentinas respecto a la democracia fue haciendo lugar al renacimiento de una forma de concebir la política que aprendí siendo niño entre las coordenadas frenteamplistas de mi familia uruguaya. Curiosamente estos temas me trajeron nuevamente al Uruguay cuya Universidad de la República comencé a visitar frecuentemente construyendo poco a poco un lazo con ese espacio universitario al que hasta entonces era bastante ajeno. Ya no iba solamente a Montevideo para encontrarme con mi familia, mis amigos y mis compañeros de militancia política —que siempre estuvieron allí—. Pero curiosamente también, fui descubriendo que los sociólogos de la Universidad de la República se habían considerablemente alejado de la literatura en lengua francesa, y en consecuencia de las preocupaciones que la sociología gala cultiva hoy. Una verdadera ruptura generacional separa a los colegas que tienen más de 50 años de los más jóvenes, que leen a Bourdieu o a Foucault en español, en inglés o en portugués pero ya no en francés⁶. Y el “curiosamente” vale aquí puesto que ésta no es la situación de numerosas otras plazas universitarias de América Latina donde como sabemos las relaciones con las ciencias sociales francesas son tan importantes como fluidas: Argentina, Brasil, Colombia y Méjico, al menos.

Evidentemente las cortas líneas de este artículo no alcanzan para dar cuenta del lugar de la sociología en el espacio social y mucho menos aún

⁶ Recientemente coordinamos un número de los *Cahiers des Amériques latines* enteramente dedicado a “L’Uruguay de José Mujica” en el que escribieron siete colegas de la Universidad de la República. Ninguno fue capaz de dar su texto en francés, ni siquiera el resumen, y en ninguno de los artículos que cubrían la sociología, la historia, la filosofía y la ciencia política hubo una sola referencia bibliográfica en francés.



para situar en el mundo al sociólogo que las escribe: he incluido a penas unos segmentos aislados del recorrido social que me ha traído hasta aquí. El propósito es a penas llamar la atención sobre cómo la lengua de escritura influye tanto sobre la posición como sobre el recorrido, y sobre todo contribuye a definir el punto de vista. También quise llamar la atención sobre el efecto que el idioma tiene sobre las instituciones en las que se hace la sociología, especialmente la universidad, cuando la escritura deviene bilingüe o plurilingüe. El abanico de objetos sobre los que se fija la atención de los sociólogos, las preguntas que éstos son capaces de hacer a sus objetos y el modo en que conectan sus preguntas con los problemas sociales a los que intentan responder están marcados por la lengua en la que escriben. Debemos avanzar en todas las direcciones menos hacia el camino de la *lingua franca*.

Cualquiera que cruce de Buenos Aires a Montevideo, por poco que habite un tiempo fuera del mundillo universitario descubre inmediatamente importantes diferencias entre los españoles de ambos lados del Plata. Donde los argentinos dicen *villa*, los uruguayos usan *cantegril* y más recientemente *asentamiento*. Cuando los uruguayos dicen *túnica*, los argentinos *guardapolvo* o *delantal*, mientras los argentinos *hacen huelga* los uruguayos *están de paro*, un uso de este último vocablo diferente del que se le da en España donde se utiliza para designar lo que los rioplatenses llaman *desempleo* o *desocupación*. Y tanto como se entra en una panadería o en una carnicería las diferencias idiomáticas difieren hasta tal punto que uruguayos y argentinos comprenden que están comprando la carne o el pan de otro pueblo. Lo mismo ocurre si penetramos en el lenguaje de los oficios donde las herramientas y las tareas son acompañadas por otras prácticas lingüísticas. Y otro tanto ocurre entre las clases sociales que se distinguen por casi todas sus prácticas, incluidos sus modos de hablar. Cuanto más se acerca el lenguaje a la vida, más y más se vuelve específico, rico, complejo, diverso. Sin embargo, cuanto más los sociólogos hablamos de ciencias sociales en un espacio desconectado de esa vida cotidiana, más fácil es comunicar entre extranjeros que habitan todos en el espacio estrecho de una disciplina. Allí descubrimos estar más o menos encerrados en nuestro mundillo, "*dans un entre-soi*". Es por ello que no es tan difícil leer sociología en un idioma extranjero como lo es leer un relato policial, por ejemplo, por poco que la acción transcurra entre pescadores, en una granja, en algún suburbio, entre



adolescentes o dentro de un taller. Y es por ello también que la etnografía o la historia son de más difícil acceso en lengua extranjera que la ciencia política o la economía.

La lengua en la que se escribe la sociología guarda una especial tensión con las prácticas discursivas y no discursivas sobre las que el sociólogo escribe. Pero la lengua en la que se escribe determina también el campo de problemas dentro del que se piensa, los conceptos y las categorías que se utilizan. Así, la sociología no trata de las "clases populares" en inglés, pues en esta lengua se prefieren expresiones como *working class*, *underclass* o *poverty*, que conducen hacia otras formas de pensar. Y no solamente porque el idioma conlleva tradiciones intelectuales, sino principalmente porque la lengua de escritura suele llevar más o menos escondida en ella los debates, las disputas y los conflictos políticos sobre los que el sociólogo interviene de modo más o menos evidente, más o menos tácito o entre líneas.

Así podemos inferir simplemente que toda vez que el sociólogo no se interesa por el idioma con el que escribe corre el riesgo de que le ocurran dos cosas. Puede ser que esté practicando una sociología desconectada del mundo, y puede ser que la relación entre su texto y el mundo que pretende describir o interrogar sea tributaria de un vínculo totalmente naturalizado que simplemente escapa a su conciencia. Lo más probable es que le pase una cosa y la otra al mismo tiempo. El giro lingüístico que afectó a las ciencias sociales hace algunos años tuvo probablemente efectos no deseables. Muchos quedaron encantados frente a la posibilidad de tratar lo social como si éste fuera solo discurso, como si la vida social fuera todo lenguaje. En algunos casos se llegó a extremos tales que podía sospecharse a algunos investigadores de cierta forma de etnocentrismo de clase al tratar a todo el mundo como intelectuales, es decir como gente cuya actividad casi exclusiva es hablar, escribir, leer y escuchar. El problema justamente es que hay prácticas discursivas y otras que no lo son, así como las hay que son discursivas y no discursivas a la vez. Entonces, limitar el campo de observación de las ciencias sociales al discurso suele ser tan problemático como sesgado. Prestándole mucha atención al lenguaje, se perdió paradójicamente la posibilidad de observar y cuestionar precisamente la relación que existe entre las prácticas discursivas y todas aquellas que no lo son y que por consiguiente obedecen a constreñimientos sociales y a normas diferentes de aquellos que



organizan el lenguaje. Tal vez sea necesario controlar el nominalismo, al menos cuando este resulta excesivo, para advertir la importancia que el lenguaje tiene en el mundo social, y la enorme complejidad que reviste la relación entre las palabras y las cosas, por parafrasear aquel inmenso trabajo de Michel Foucault (1966). Creo que esta toma de consciencia es necesaria. La lengua de la sociología, y con ella el lenguaje del sociólogo, son importantes en la capacidad que la sociología tiene de acercarse a la vida sobre la que debe ayudar a pensar toda vez que el sociólogo pretende brindarle a la sociedad una inteligibilidad diferente a las que se encontraban ya allí antes de que el sociólogo se sentara lapicera en mano o teclado en las rodillas para escribir.

8. BIBLIOGRAFÍA

Castel, R., 1995, *Les métamorphoses de la question sociale*, Fayard, Paris.

Castel, R., 2004, "Entre la contrainte sociale et le volontarisme politique", en J. Bouveresse y D. Roche (Eds.), *La liberté par la connaissance*, Collège de France et Odile Jacob, Paris, pp. 303-317.

Derrida, J., 1967, *De la grammatologie*, Minuit, Paris.

Foucault, M., 1966, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, Gallimard, Paris.

Geertz, C., 1988, *Works and Lives: The Anthropologist as Author*, Stanford University Press, Stanford.

Hoggart, R., 1988, *A local habitation*, Chatto and Windus, London.

Huston, N., 2004, *Nord perdu*, suivi de *Douze France*, Paris, Actes Sud (1a edición 1999).

INDEC, 1980, *El Mapa de la Pobreza en la Argentina*, Buenos Aires.

Leclerc-Olive, M., 2014, "Vocabulaire transatlantique des tumultes", en P. Beunardeau, D. Merklen y E. Tassin (Eds.), *La diagonal des conflits*, Editions de l'IHEAL, Paris.

Merklen, D., 2013, *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques ?*, Presses de l'Enssib, Villeurbanne.

Merklen, D., 2011, *Sociabilité et politicalité. Quand les classes populaires questionnent la sociologie et la politique*, Université Paris Diderot – Paris 7, Paris.



Merklen, D., 2010, "Prefacio a la segunda edición", en D. Merklen, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires (1a edición, 2005).

Roberts, R., 1971, *The Classic Slum. Salford Life in the First Quarter of the Century*, Penguin, Manchester.

Supervielle, J., 1996/1930, "Ruptures", en J. Supervielle, *Oeuvres poétiques complètes*, Gallimard-La Pléiade, París.

Weber, M., 2009/1904, La "objetividad" del conocimiento en la ciencia social y en la política social, Madrid, Editorial Alianza (1904).

Wismann, H., 2012, *Penser entre les langues*, Albin Michel, París.